

Don José Soria, En recuerdo de la víctima principal, cantaban sus partidarios:

«Codallos fué fusilado
Por enemiga facción
Como valiente soldado
Liberal de convicción.
En el pueblo Michoacano
Su muerte fue muy sentida
Pues que en tan preciosa vida
Usó el destino su mano.»

Por una fatalidad no pudo suceder lo que el pueblo predijo en su primera cuarteta, referente al Coronel García, porque no admitiendo reforma alguna las leyes ineludibles del destino, el General Codallos tuvo que caer siempre en poder de sus enemigos y que ser fusilado en Pátzcuaro, como antes se ha dicho, concluyendo así sus días, tan eminente patriota, de cuya ejecución se encontraban en aquella época constancias oficiales en la Prefectura de la cabecera de aquel Distrito, el cual estuvo entonces á cargo de Don Nicolás Reyes. Viven aún personas que la presenciaron.

En 1832, no ocurrió nada notable que pudiera llamar la atención, en cuya fecha las fuerzas federales siguieron la propaganda.

Se presenta el año de 1833 y con él la epidemia del cólera, haciendo terribles estragos en las poblaciones, por cuyo motivo se suspendieron las hostilidades entre los beligerantes, reconcentrándose las tropas federales á la tierra caliente, poblaciones del Sur de Michoacán, y las del Gobierno, á sus respectivas plazas; mas como poco duraron los temores de la peste colérica, apareció de nuevo la revolución en aquel Estado y los acontecimientos de armas siguieron como antes.

II.

Algunos federales son excitados á tomar las armas por los jefes de la revolución para combatir al Gobierno Central.—Don Gordiano Guzmán.—Muerte del Coronel González.

En 1834, el General Gordiano Guzmán, desafecto á la administración del Presidente Don Antonio López de Santa Anna, por causas bien conocidas de la Nación, se pronuncia en el Distrito de Coahuayutla del vecino Estado de Guerrero, con unos cuantos patriotas, y en pocos días reúne más de 500 hombres regularmente montados y armados, mandados por buenos oficiales.

Apoyado en esa fuerza y en la que pudiera reunírsele en el tránsito, al internarse en el Estado de Michoacán y llevando la propaganda de las ideas liberales, visita la mayor parte de sus poblaciones con resultado, incorporándosele algunos ciudadanos listos en el servicio; dando por resultado que muy pronto reuniera cerca de 800 patriotas entusiastas y valientes.

Entretanto esto pasaba, el Gobierno recibe frecuentes partes de sus autoridades, comunicándole la aparición de dicha fuerza en el Estado, y en consecuencia, dispone que un Regimiento del 10, á las órdenes de su Coronel Pedro González, se encargase de hacer una formal persecución á las huestes pronunciadas.

Atendiendo esa orden, se manda alistar la tropa, se compran caballos, herrándose luego, y á los tantos días, sale de Morelia el repetido Coronel al frente de su fuerza en pos de los rebeldes, á quienes persigue empeñosamente; pero éstos no le presentan acción, le hacen subir y bajar montañas, pasar caudalosos ríos barrancas profundas, reco-

rrer planicies y poblaciones, caminos accidentados y veredas, sin dar lugar ni siquiera á un tiroteo ligero; cuya conducta socarrona y maliciosa que duró algunos meses, hacía trinar de rabia al Coronel González, porque con ella se daba lugar á la deserción de la tropa y al aniquilamiento de la caballada, que mucho trabajaba y poco comía, pues que todo eso pretendían los sublevados al seguir tal conducta.

Parece que todas esas ocurrencias fueron acaso porque aun no llegaba la hora fatal de aquel Coronel marcada por la mano del destino, hasta que al fin llegó el momento terrible de cumplirse, y, en consecuencia, en Enero de 1836 perseguidos los pronunciados muy de cerca por la caballería del 10; da el primer paso el General Guzmán, poniendo en estado de defensa su tropa y formándola convenientemente en batalla sobre los callejones de la hacienda de Ayumba, propiedad de los Valencias, de Cotija, para esperar al enemigo y batirse con él debidamente. Este se avista luego y manda el jefe respectivo que el primer escuadrón diese una carga á la lanza sobre los pronunciados, quienes la rechazaron con brío. Sigue otra y pasa lo mismo; y en esa segunda maniobra muere el Coronel en Jefe Don Pedro González, encargado de la persecución de aquellos; resultando de ese empuje algunos muertos y heridos entre los beligerantes. Mas como el fallecimiento de González interrumpió por de pronto las operaciones del enemigo, sin mayor dificultad continuó el General Gordiano su marcha interrumpida por dicho accidente, en dirección á Cotija, pero sin dejar de ser perseguida la fuerza de su mando por otra del mismo Regimiento, hasta inmediaciones del Cerro Verde.

Molestado con ese hecho el General Gordiano, dispone: que el Mayor Castorena y el Capitán Lo-

variñas se pusieran á la cabeza de la fuerza y dieran sobre aquellos "*perros flojos*,"—palabras favoritas del General cuando estaba molesto—una media vuelta, cargando á la garrocha, y que en seguida su asistente José María el *Machachán*, le ensillara el caballo Çaimán, porque le parecía que los *perros* gobiernistas estaban muy enojados. Así lo ejecutaron respectivamente aquéllos con la violencia del caso; mas como el enemigo hizo alto sobre el camino, sólo hubo un ligero tiroteo, resultando de él algunos muertos, lo mismo que heridos; y como muy pronto entró la noche, las tinieblas de ella pusieron fin á la lucha, retirándose de aquel paraje las fuerzas del Gobierno en dirección á Cotija, y las fuerzas de los pronunciados rumbo é Petacala, con objeto de establecer el cuartel general donde mejor conviniera, para atender á los heridos, reponer la remonta y dejar lista la brigada á fin de continuar la campaña.

El cadáver del Coronel González fué llevado á Tingüindín para darle sepultura y hacerle los honores de ordenanza; y tanto la tropa que sirvió de escolta al muerto, como la que perseguía á Don Gordiano hasta el Cerro Verde, se unieron en aquel pueblo para regresar á Morelia. La fuerza, con motivo del fallecimiento de González, quedó de pronto á las órdenes del Teniente Coronel Lucas González, hermano del finado.

Con motivo de la muerte del Coronel González, ocurrida en el lugar del combate, la gente del pueblo discurreó la composición siguiente:

«Mira la escolta que viene,
Oye la voz del clarín;
Pero no vienen cabales
Porque se quedó González
Enterrado en Tingüindín.»

En las diferentes expediciones del General Guzmán verificadas en Michoacán en Febrero de 1834, llega á Taretan ese Jefe pernoctando allí por necesidad, y en la noche visita á su compadre Don Miguel Meléndez, empleado entonces de la receptoría de rentas de dicho pueblo; y entre otras cosas de que trataron en la visita, le dice el General al compadre: que encontrándose enfermo de la vista el Coronel Don Rafael Degollado, que le servía de Secretario en la expedición, por haber quedado en el mismo caso en Coahuayutla el Coronel Don Manuel Ramos, que desempeñaba aquel oficio, le merecería el favor de que por unos días le prestara uno de sus escribientes para que llevara la correspondencia al Señor Degollado.

Dicho empleado contestó de conformidad á la petición de su compadre, fijándose para el desempeño de esa tarea en el escribiente de la sección de contribuciones que esto escribe, como el más á propósito de todos los de la oficina, por su edad y como célibe. En consecuencia, se le hizo saber esa determinación que cuidó de comunicar á su madre Doña Manuela Mendoza y no hubo más remedio qua obedecerla y luego montar el caballo que se le presentó para la marcha, entregando el General á la Señora Mendoza, cincuenta pesos, por cuenta de haberes que debía vencer su hijo Manuel, y que con abundantes lágrimas recibió aquella señora. En seguida la tropa pronunciada salió de Taretan, llevándose un pedazo del corazón de una afligida madre y tomando el rumbo de la sierra del Poniente de Michoacán.

Concluídas por esos vientos las correrías del General Guzmán, toma el del Sur del mismo Estado, tocando á Tancítaro, Acahuato y Apatzingán, en donde ya se hizo constar la alta del joven escribiente, en las filas federales como sargento 2º, en 14 de Febrero de 1834; continuando en el servicio

de la Brigada con esa clase, hasta el 30 de Enero de 1844, fecha en que se separó de las filas indicadas, con licencia de aquel Jefe para ponerse en curación de una grave enfermedad de que fué atacado.

Una vez en la Capital de Michoacán el Regimiento de que antes se trata, recibió el mando de él el General Angel Guzmán, á quien desde luego se comisionó por aquel Gobierno para que hiciera la persecución de los sublevados, comisión que ejecutó con actividad, pero sin resultado.

CONTINÚAN LAS SUBLEVACIONES EN
MICHOCAN.

PRONUNCIAMIENTO DE ANGON.

Con motivo del triunfo alcanzado por las fuerzas federales, en la hacienda de Ayumba, en 1834, tuvo lugar en la ciudad de Tacámbaro el pronunciamiento de los ciudadanos Juan Calderón, Juan Flores, Antonio Muñiz, José Orta y Manuel Vilez, con otros vecinos que sería cansado referir, secundándose ese movimiento en la sierra de Acuitzio por José María López y Antonio *el Palomo*, vecinos del rancho de Panzacola: por Don Francisco Ronda, en Cotiro, y en Huayumbo, por Don José María Sierra, en unión de Don Ramón Ochoa, vecino de Morelia, comenzando todos desde luego á organizar las fuerzas que debían formarse de los comprometidos para emprender la campaña en contra del centralismo, como sucedió luego.

El General Don Isidro Reyes desconociendo á su Señor, se pronuncia en la plaza de Morelia, en Octubre de 1834, siendo Gobernador y Comandante Militar de aquel Estado, y con ese moti-

vo, consiente en que ocupe la plaza de la Capital el rebelde Coronel Antonio Angón, con las fuerzas pronunciadas que mandaba, haciéndose fuerte en la Ciudad, en los puntos que juzgó más á propósito, y el General Reyes, con su pequeña fuerza de Provinciales, en el ex-convento de San Diego para prevenir, sin duda, alguna sorpresa de parte de las tropas del Gobierno General.

Ambos jefes unidos ya, lograron tener á sus órdenes fuerzas de las tres armas, aunque en reducido número. En medio de esas activas prevenciones de defensa improvisada de un día para otro, se acerca á los muros de Morelia en uno de los días del mismo mes de Octubre el General Rayón, mandado de la Capital de la República, con una fuerza de las tres armas bastante respetable, bien armada y con mejores elementos, con orden de batir y castigar á los rebeldes y de restablecer legítimamente el orden en aquella entidad federativa.

Mediante esa visita, los de adentro se prepararon á recibirla tomando las medidas conducentes á la defensa, comenzando el ataque al siguiente día de la llegada de Rayón, cuyas maniobras resistieron los pronunciados valerosamente tres días con sus noches, y durante ese tiempo, los fuegos de artillería en competencia fueron demasiado ejecutivos, dejando en la Ciudad algunas señales indelebles de ello, como la que se ve aún en uno de los ángulos de la torre de Catedral que da vista al Oriente, pues esa parte quedó desbordada por una bala de cañón de grueso calibre, que se mandó de fuera para adentro; lo mismo que la fachada del Colegio Seminario entonces, hoy Palacio del Gobierno del Estado, quedó también señalada por otro proyectil igual, en el mismo hecho de armas, cuyas señales están visibles hasta la fecha; y durante las noches de ataque, al correr la palabra en los puntos ocupados respectivamente, por ambas fuerzas, des-

pués del grito de «centinela alerta,» decían los sitiados que: «¡Muera el tuerto Rayón!, y los sitiadores contestaban que «¡Muera el manco de Angón!» porque tanto un jefe como otro, se encontraban lesionados de un modo bastante visible, según decían los centinelas y las personas que los conocieron.

Pasados los tres días de resistencia, ya no pudieron los pronunciados hacer frente al cuarto por la mala situación en que se encontraban y la inferioridad de su tropa, atacada además por una fuerza numerosa, educada militarmente y provista de todos los elementos necesarios. Entonces y con ese motivo de grado ó por fuerza, tuvieron los pronunciados que abandonar la plaza con precisión, retirándose de ella la infantería de Angón por el rumbo de los Urdiales para salir al Barreno, perdiendo algunos de tropa que se ahogaron al pasar las corrientes del río de aquel nombre, y la caballería del mismo Coronel salió de la plaza por la calle principal de la Merced, haciendo resistencia en retirada hasta la puerta de la Quemada, lugar en que dejó de perseguirle el enemigo regresando al centro. En Sindurio, se reunieron los infantes al grueso de la fuerza, la cual ascendería á unos 500 individuos de tropa, dejando en su retirada la artillería y parque de que se sirvieron los rebeldes durante el ataque; quedando en consecuencia la plaza de la ciudad en poder del General Rayón, así como los muertos y heridos de los rebeldes dentro de la Capital, dando sepultura á los cadáveres en el Panteón de los Urdiales y asistencia á los heridos por cuenta de los vecinos; mas en cuanto al General Reyes, quedó ignorado su paradero.

Al retirarse Angón de Morelia llevando el rumbo de Sindurio, tomó el camino que conduce al pueblecito de San Nicolás, para salir de Undameo

con más precisión y de allí á la sierra de Acuitzio, sin que se le persiguieran entonces.

En 1835 apareció de nuevo ese jefe con su fuerza en el Sur de Michoacán y con él Don Antonio, su hijo, Capitán de una de las compañías de la caballería, propagando las ideas liberales y hostilizando al Gobierno centralista de diferentes modos, bién provocando escaramuzas para dar lugar á la deserción de la tropa forzada, yá impidiendo que los recursos llegasen á su destino y que la reunión de reemplazos para el Ejército llegaran á las cabeceras de los Distritos, y por último, asaltando algunas veces á los remonteros del Gobierno para tomarles algunos caballos, como pasó en la hacienda del Mayorazgo.

Con motivo de esas ocurrencias tan frecuentes, el General Vargas, de Tacámbaro, encargado en aquella época de la persecución de los sublevados, se molesta demasiado y recomienda á sus subordinados lo que debía hacerse de preferencia, sin tregua ni cuartel, á las gavilas del Coronel Angón. En efecto, la persecución fué terrible, porque con frecuencia ni hombres ni caballos tenían descanso ni tiempo de atender siquiera á las necesidades de la vida, ni el preciso para dar pienso á la remonta, si no era allá en las altas horas de la noche y en los bosques más intrincados de las montañas.

En esa alternativa pasaron algunos años, hasta que, por fin, reducida la fuerza de Angón por las vigiliass y falta de salud; la remonta aniquilada y padeciendo de muermo, quedaron con ese motivo tropa y remonta, en la más completa inacción. Mediante esas fatalidades que el enemigo sabe, este no pierde tiempo, se aprovecha de la situación de aquel patriota para destruirle, y lo consigue sin mayor dificultad, asaltándole, en combinación con otras fuerzas, en la estancia de "La Laja," destruyendo á los soldados que hicieron resistencia y

acribillando á balazos al Coronel y á su hijo Don Antonio, al hacer una heroica defensa en unión de sus subordinados, quedando, sin embargo, vencidos del enemigo, privados de la existencia, en la misma estancia del Distrito de Tacámbaro y sus cadáveres sepultados en el lugar conveniente. Se recojieron caballos, armas, heridos y prisioneros. Este acontecimiento tuvo lugar en Marzo de 1840, después de cinco años de constantes fatigas y privaciones.

El referido Coronel Angón reconocía como origen el municipio de La Huacana; era hombre recto, activo y valiente: manejaba regular las armas y caballo; representaba entonces ser mayor de cincuenta años, de estatura regular pero fuerte, de color trigueño, de poca barba, pelo lacio entrecano, de muy mala catadura, de un corazón amable y bondadoso. Su joven hijo tenía buena presencia y de un valor casi temerario; tendría en es época veinte años, á lo sumo.

De paso el Coronel Angón por las alturas que dominan el pueblito de San Nicolás, á la vez que se retiraba de Morelia derrotado por completo, abrazó con una mirada el hermoso panorama de la Ciudad, que desde aquellas eminencias se deja ver bien, y al contemplarla, después de un melancólico suspiro, dijo á sus Ayudantes: «Siempre que las ocurrencias de la guerra me lo permitan, con gusto volveré á ver esa simpática capital, cuna de la libertad; mas si fueren desfavorables, será esta la última vez que disfrute ese placer; y, en consecuencia, recibe mi despedida, predilecta población.» Y continuó su marcha en seguida, triste, muy triste, y pensativo, con el presentimiento de que moriría tal vez, sin volver antes y así fué.



PRONUNCIAMIENTO EN TACÁMBARO.

Los jefes pronunciados en dicha ciudad, en 14 de Marzo de 1836, comenzaron á hostilizar enérgicamente á las fuerzas del Gobierno, combatiéndolas por el sistema de guerrillas en aquel Distrito, alcanzando algunos triunfos, aunque de poca importancia.

Luego que pusieron sus tropas en alta fuerza, cada uno de aquellos tomó el camino que mejor le pareció, tratando de independerse entre sí; y habiéndose fijado en el municipio de Taretan, el Mayor Juan Calderón ocupa aquella plaza en el mismo mes y año antes citados, y después de algunas horas de permanecer en ella, es sorprendido por fuerzas del Gobierno, compuestas del Regimiento Activo de Morelia, á las órdenes del General Angel Guzmán.

Esa ocurrencia obliga á los pronunciados, á entrar en desorden poniéndose en dispersión, y en el alcance que se les dió, de la plaza de ese pueblo á la hacienda del mismo nombre, quedan muertos sobre el camino algunos soldados y entre ellos el Mayor Calderón, dejando en poder del enemigo todo el botín de guerra que produjo la sorpresa, y tomando los dispersos el rumbo de Ario y de Nuevo Urecho. Los cadáveres de los soldados y el del jefe Calderón, fueron recojidos por las autoridades del lugar y mandados sepultar en el panteón de aquel pueblo.

Como en dicho alcance quedó herido de muerte un soldado de los pronunciados, sobre la calle que conduce al costado oriente de la parroquia de Taretan, donde tuvo lugar el suceso y al descender el herido del caballo, con aquel motivo, solicitó un ministro católico que le diera los últimos auxilios. Impuesto de esa petición, el Sr. Juan José Gonzá-

lez, comerciante piadoso y de prestigio en Michoacán, se separa de su tienda de abarrotes, situada en un local de la misma calle, y con la violencia del caso ocurre al templo inmediato, solicita el Ministro, sale con él para llevarlo al herido necesitado, lo que no le fué dable hacer porque una de las diferentes balas arrojadas por las tropas del Gobierno sobre los pronunciados dispersos, chocando, se infiere, en las canteras de la parroquia, fué á alojarse, por una fatalidad bien lamentable, en el cráneo del piadoso González. De ese golpe cayó tendido en tierra, el Ministro que auxiliara primero al comandante y en seguida al soldado, que murió luego, así como González, al tercero día. Con esa ocurrencia está demostrado aquello de que: "Los hombres tiran las balas y Dios las reparte," pero que siempre lo ha hecho entre los presentes en el lugar del siniestro.

En el estado antes referido de los acontecimientos de la revolución en Michoacán, y en Noviembre de 1837, encontrábase Don Eustaquio Arias preso en la cárcel de Morelia, en donde se le aseguró, además con pesados grillos y estrechas esposas como reo conspirador en contra del Gobierno de aquella época, mandado á la capital del Estado por el Sub-prefecto de Puruándiro Don Francisco Lozano.

Dicho prisionero, sin embargo de encontrarse imposibilitado de todo movimiento hostil, y deseoso de libertad, se determina á pronunciarse dentro de la propia cárcel con la mayor parte de la prisión, sacándole desde luego del calabozo, forzando sus cerraduras y presentándose en esos momentos en la puerta de la misma cárcel el valiente joven Don Antonio Chacón, natural de Los Reyes, con muchos hombres del pueblo regularmente armados, para proteger aquel movimiento. Ese joven, al ser presentado Arias en las puertas del *cajón* de la